

Guillermo Cabrera Infante

Jaque al verbo

Alberto Paredes

Tres tristes tigres, La Habana para un infante difunto o Arcadia todas las noches son algunos de los títulos que enmarcan la obra del escritor cubano Guillermo Cabrera Infante (1929-2005). Maestro del retruécano, la paronomasia y los juegos de lenguaje, Cabrera Infante fue, además, un erudito aficionado al cine. Alberto Paredes se adentra en la obra del autor cubano a través del ajedrez para ofrecernos un panorama hipertextual de su obra.

Cabrera Infante (Cuba, 1929-2005) es uno de los escritores francamente literarios de Hispanoamérica. La vida (sus pasiones y preguntas) experimentada desde el espacio de las palabras. Tanto su obra narrativa como sus ensayos y artículos hablan de literatura —y de cultura en general— y se sustentan en ella para formular sus aseveraciones, usualmente drásticas, tender el lazo de imprevistas comparaciones y ejercer con extraña fertilidad las armas de la “pregunta retórica” (creo que en esta tríada se concentran las estrategias argumentativas del autor). Es, pues, un escritor de museo o biblioteca, de acervo cultural; sí, pero museo entendido como juego y exceso, como regocijo y pasión. Ésta es la seducción (o la clave de las múltiples seducciones) de su prosa: la certeza de estar hablando de “cosas importantes” (y no de sutilezas eruditas) con desparpajo y fogosidad, y que quien habla es hombre de muchas lecturas. Una especie de vándalo atinadísimo que no baja la voz en las salas del museo.

No es un ensayista reposado. Su prosa es un rapto. Trabajo del escritor Cabrera Infante es no volverse pedante ni hermético. Suya no es la cordial templanza que encontramos en Rodó y en Bianco, guiando pausada-

mente al lector; es un vándalo en el museo: rápido y fogoso, libérrimo. Sin perder su tono de rapto, logra exponer su materia y marco de referencias al lector; necesita un lector culto, pero más que culto dispuesto a comprender en el golpe de un párrafo los matices por los que está aludiendo a tal o cual tópico, y tener la atención despierta para identificar la idea central desde la cual se desarrolla el texto.

Para bien suyo, sus textos no son complejos sino exuberantes. La preocupación básica del escrito no se pierde ni olvida; el desarrollo supone una enciclopedia ingeniosa y deslumbrante. Un saber que sorprende por los cabos que ata para asentar sus convicciones. A menudo los asuntos de Cabrera Infante son convicciones: riesgos tomados. Al separarse de la serenidad no sólo marca su identidad estilística sino también su tipo humano. No es un pedagogo a la usanza del ideal (de rara encarnación) por el que una figura humana sabia y ecuánime reflexiona sobre los interrogantes básicos (lo que quiso ser Rodó, por supuesto); es un sujeto vehemente que expresa con vigor su credo, y su argumentación no disimula una intensa primera persona. A menudo los temas de sus ensayos conjuntan dos tomas de partido: sobre “la

vida” —eros y política, notablemente— y sobre cultura —autores que le suscitan pasiones y fobias.

¿Es un narrador o un poeta Cabrera Infante? Las tres cosas, porque también es un ensayista-ensayista que satisface la presentación, desarrollo, sustentamiento y conclusión de sus ideas. Es un narrador (aunque no supiéramos nada al margen de sus ensayos): desarrolla sus ejemplos a manera de fábulas (o *exempla*), y sabe hacerlo: el “cuentito” interno a su exposición sobre Hitchcock sobre “la fórmula secreta de *allium cepa*” es encantador; quizás el lector oscila entre permanecer vigilante pues se preguntará sobre la necesidad tanto de esta derivación y su sorprendente extensión (el expositor se embebe y crea su minirrelato de cabo a rabo) y deponer la vigilancia y gozar la humorada. Claro que, como buen narrador atento al horizonte de su trama, Cabrera Infante ata los cabos y hace que lo que se disparó fuera de órbita regrese al tema central como un cometa imprevisiblemente puntual. (*Ornamentación*, en música, es en síntesis, un desarrollo basado en la expansión, para el cual no existe la “vía directa”: esas volutas y arabescos del fraseo deben cumplirse para que lleguemos a “lo siguiente” donde prosigue la línea central del tema).

Es un poeta: argumenta por imágenes y su discurso se construye con frecuentes paralelismos. El tema que él invoca para analizar y elogiar el filme *Vértigo* (1958) de Sir Alfred Hitchcock es una historia hecha por figuras arquetípicas: Tristán e Isolda, dice él mismo, pero también Lot y su mujer vuelta sal, y claro, Orfeo y Eurídice: mencionar e insertar *Vértigo* en tal conjunto es una vasta operación analógica; para que el texto no se extravíe en sus referencias y todo sea concéntrico (vértigo: laberinto espiral) Cabrera Infante verdaderamente *ha tejido* una trama muy tupida de referencias, una y otra vez. Además que, en sus vocablos con valor de figuras clave, el icono le es connatural (como a López Velarde, Lezama Lima o Paz) para pensar y avanzar como prosista. Otro botón de muestra: deténgase, intente atrapar al lector, toda la gama de sombras, fantasmas, visiones que recorren su exposición sobre el inquietante personaje doble que son y es Judy y Madeleine en el clásico hitchcockiano.

El ensayista Cabrera Infante comparte con el narrador su pasión por las figuras retóricas. La aliteración sobre todo. Ningún texto suyo existe fuera de los juegos verbales y la mayoría de sus tramas sintácticas tiene como base el valor sonoro de las palabras, ahí donde la aliteración es la reina negra de este Capablanca del verbo (a veces de la verborrea); junto con la aliteración, abundan las rimas asonantes, paralelismos, anáforas, paronomasias, usos etimológicos, etcétera. Lo cual obliga a una pregunta enfática: ¿cuántos prosistas tejen sus textos con tal abundancia de recursos, usualmente frecuentados y cultivados por los poetas?, ¿cuál puede ser la dimensión de un prosista que explota tan intensa-

mente la materia sonora de las palabras? En 1997 fue su turno para ir a la complutense universidad de Alcalá de Henares, a recibir el internacional Premio Cervantes: justo reconocimiento a uno de los filólogos prácticos (autodidacta y sobre la marcha) más saludables de la lengua.*

“El bacilo de Hitchcock” de *Arcadia todas las noches* (1978) es un texto ejemplar y memorable. Interpretar una película (del hipnótico Sir Alfred) a partir de una galería mítica (Tristán, Orfeo, Lot), a partir de una bibliografía comprometedora (Platón, Cocteau, Eliade, Rougemont), en línea con ciertas tendencias o escuelas culturales (romanticismo y surrealismo, pero también platonismo y orfismo) vincularla a otras artes (la ópera wagneriana en particular), todo ello para actualizar el arrobo por el amor-pasión (que no exponerlo aséptica-

* Otros escritores incluidos en *El estilo es la idea* honrados con el Premio Cervantes: Borges, Carpentier, Mutis, Paz, Vargas Llosa. Aprovecho esta orilla de la página para coincidir con E.B. White e Ian Hamilton quien cita al primero: “Un escritor que tenga su mirada puesta en el Premio Nobel o cualquier otra gloria terrena, que mejor escriba una novela, un poema o una obra de teatro y que deje al ensayista vagar y divagar por ahí, alegre de llevar una vida libre y satisfaciéndose con una existencia en cierta forma indisciplinada”. (En Hamilton, *The Penguin Book of Twentieth-Century Essays*, p. XI). Pregunta molesta: ¿Cuántos “sólo ensayistas” han recibido el Cervantes?: María Zambrano (no habérselo conferido hubiera deshonrado al premio, no a ella).





Guillermo Cabrera Infante

mente) y concretar una pieza ensayística que combina humor, erudición y fogosidad: eso es el ensayista Cabrera Infante.

Es el *exeso* quien identifica a este escritor. En relación suya no sería gratuita ni sobada la mención del barroco que resucita en tierras de Latinoamérica hacia 1960 y 1970. Su prosa no quiere ser mesura; su medida es otra: ¿cuánto puedo abarcar en el mismo texto a manos llenas de palabras con filo? La mayor dimensión interna posible antes de que el texto se pierda a sí mismo; la mayor cantidad de juegos y referencias culturales, la mayor población de figuras retóricas. La reiteración es su célula vital: el texto existe porque avanza volviendo sobre sí mismo, doblez que ya desde el primer párrafo busca la autorreferencialidad. Pues el desbordamiento de alguna manera es hacia adentro y no hacia afuera, no una

prosa explosiva sino implosiva: vértigo de repliegues. Decir esto es volver a pensar en la gran prosa ensayística del siglo XVII español: un sofista que goza su propio ejercicio verbal.

Cabrera Infante, en su modalidad de ensayista, es uno de los discípulos más libres e imprevistos (por ende necesarios) de las promisorias condiciones que al ensayo moderno o literario o de autor —las tres formas de recordar que ésta es la actitud de ejercer el género como expresión personal, como libertad y literatura— le depararon sus padres Montaigne y Bacon, con la bendición de Charles Lamb. **U**

El presente texto forma parte del libro *El estilo es la idea* de Alberto Paredes publicado recientemente por Siglo XXI Editores.

¿Es un narrador o un poeta Cabrera Infante? Las tres cosas, porque también es un ensayista-ensayista que satisface la presentación, desarrollo, sustentamiento y conclusión de sus ideas.